

UN FUTURO INCIERTO: ¿DESASTRE O ÉXITO?

Seudónimo: Gigachad

Tras el temporal siempre llega la calma, o al menos eso dicen. Ahora mismo, la variante Ómicron se encuentra descontrolada por Europa y, con la esperanza de que esta sea la última ola de la pandemia, millones de personas se plantean, ¿y ahora qué? ¿Podré volver a mi trabajo cuando todo esto acabe o la actividad económica no reflotará lo suficiente para que la empresa vuelva a abrir? ¿Podré visitar a mis familiares sin la preocupación de poder contagiarlos y que se mueran? ¿Podremos vivir una vida normal? Estas son algunas de las muchas preguntas que se hace la gente y, ciertamente, no podemos responder a ninguna pese a que los expertos tengan la esperanza de que con esta variante todo se acabe. Sin embargo, tarde o temprano tendremos que tomar una decisión, seguir así, viviendo en un estrés continuo por la incertidumbre que el futuro provoca, o actuar para cambiar todo esto. Yo, desde luego, ya tengo una decisión tomada.

Antes de actuar hay que saber qué hacer y, para ello, tendremos que encontrar la mejor solución. Pero, ¿cómo? La verdad que la mejor opción para ello sería preguntar a todos que es lo que consideran mejor y que luego se votase, no obstante, es imposible preguntar a millones y millones de personas y más difícil y costoso aún hacer una votación. Entonces tendremos que recurrir a la “opción tradicional”, dejarlo en manos de los políticos que, se supone, que son los más cualificados para decidir. El problema que tiene esto es lo de siempre, los políticos viven del apoyo de otros grupos parlamentarios por lo que, entre ellos y como se ha demostrado muchas veces, habría tratos de algún tipo para la obtención de beneficios a cambio de ese ansiado apoyo parlamentario. Pese a todo, nos imaginamos que sale adelante una propuesta, pero hay otro problema, hay a una parte de la sociedad a la que no le gusta. ¿Qué hacemos? ¿Dejarlo así y que se aguanten, dejarlo así y que se subleven, sucumbir a la presión e intentar adecuar el acuerdo a sus exigencias...? La respuesta utópica sería intentar hacer a todo el mundo feliz, pero como siempre hay un problema, es inviable. Los cambios provocados en el “contrato” harían que el otro sector de la población, que ya se sentía cómoda con las decisiones tomadas, se

sublevara y volviéramos al mismo punto. Por lo que por segunda vez nos olvidamos de una respuesta idealista y volvemos a la realidad. Al vivir en una democracia, los gobernantes se rigen por el bien común, pensando lo que a su parecer es lo mejor para la sociedad. Pero, ¿realmente es suficiente esta justificación? La respuesta variará según a quien le preguntes, por ejemplo, Maquiavelo explicaría que el gobernante tiene que ceñirse a la realidad y no preocuparse de lo que sería ideal, apelando a la razón. Yo pienso que sí que es suficiente, ya que se supone que ellos son a los que votamos (aunque de todos los partidos políticos solo gane uno) como los mejores para tomar ese tipo de decisiones y el simple hecho de votarles implica aceptar las decisiones que tomen, estés o no de acuerdo

Una vez tomada la decisión final, se empezarían a aplicar las nuevas medidas aprobadas por el Gobierno, pero una vez más, hay un problema. Para que un mecanismo funcione, todos los engranajes deben de girar al mismo tiempo, lo que se traduce a que todos los habitantes debemos contribuir. Ahí es por primera vez donde a nosotros, los ciudadanos normales, nos toca actuar. Dejando de lado lo que nos diferencia y juntando fuerzas se lograría el objetivo. Sin embargo, y como ya es habitual en este texto, existe un problema. ¿Qué hacemos con los que se niegan a contribuir? ¿Dejamos que se beneficien del trabajo de los demás, hacemos que trabajen contra su voluntad, los abandonamos a su suerte? Volviendo otra vez a lo mismo, cada uno tiene su forma de verlo. Por ejemplo, el pensador anarquista Piotr Kropotkin te diría que el trabajo es muy difícil de medir, por lo que cada uno trabaja lo que puede y coge lo que necesita; lo cual genera alguno que otro aprovechado. Otros dirán que se les prohíba realizar cualquier actividad, lo que iría en contra de los Derechos Humanos. Este es un tema complicado, pero realmente creo que la opción más viable (desde el punto de vista económico) sería adoptar un modelo parecido al de algunos países árabes ricos (en el que se expulsa del país a aquellos ciudadanos que se niegan a trabajar), posiblemente adaptado a las normas de la UE. Tras acordar las condiciones del modelo de trabajo, todo funciona bien, por lo que el Gobierno se dejaría de centrar en los trabajadores actuales y se centraría en los del futuro, los jóvenes. Se pensaría en hacer reformas inmediatas en la educación, ya que durante la pandemia nos hemos

dado cuenta de muchos de los fallos del modelo educativo actual. Se lanza en Internet y se difunde por las redes sociales una encuesta en la que todos los jóvenes de entre 13 y 18 años exponen los que a su punto de vista son los principales problemas de nuestra educación y posibles soluciones a ellos. Sin embargo, no las propuestas no le gustan al gobierno, así que les toca ponerse manos a la obra. Eligen lo que a su parecer es lo mejor y, ¡oh, sorpresa!, a los estudiantes no les gusta. Salen a protestar a la calle y el Gobierno justifica su decisión como “lo mejor para el futuro”. Parecería lógico argumentar lo mismo que antes, que como ellos son a los que hemos votado tienen el poder para tomar las decisiones que crean más oportunas argumentando el bien común y, realmente, sí que lo es. No obstante, este desprecio de la opinión de los jóvenes está presente en el día a día.

Yo como joven, percibo esto no como un ataque al hecho de que sea joven y los adultos tengan envidia de nosotros por diversos factores, sino como el olvido de muchos adultos mayores de 30 años que se han olvidado o que no quieren ver que hay jóvenes que son lo suficientemente maduros para poder plantear problemas y dar soluciones racionales a ellos. Podemos ver esto, por ejemplo, en la contratación de personas. Muchas veces, y no lo digo por experiencia, se va a una entrevista de trabajo o se manda el currículum a una empresa, pero no te devuelven la llamada. ¿Por qué? Porque en las condiciones para acceder al puesto de trabajo ponía que se necesitan 10 años de experiencia. Y ese es otro problema, debido a la falta de trabajo los jóvenes no pueden llegar a independizarse hasta 30-32 años, lo que provoca un malestar evidente en los jóvenes y en muchos casos, falta de ganas para esforzarse por un futuro mejor. Sé que la incorporación de los jóvenes al mercado laboral es un tema extremadamente complicado de solucionar y por eso debería de ser una argumentación válida hacia la falta de aprecio de nuestra valía, pero por desgracia no es la única muestra del problema. Durante los últimos 8 años, hemos escuchado historias de jóvenes a los cuales no se les ha tenido en cuenta a la hora de afrontar ciertos problemas. Por ejemplo, el caso de Greta Thunberg, una niña sueca que quiere cambiar el rumbo del planeta hacia un desastre climático y que incluso muchos todavía niegan la existencia del problema. Aunque se haya esforzado por hacer ver a los

poderosos sobre los peligros del cambio climático, ellos se han dedicado a mirar para otro lado. Y como ella, miles de jóvenes que tienen ideas increíbles pero que no son escuchados porque “que va a saber ellos si son niños”

En conclusión, creo que todavía queda mucho por hacer, pero todavía estamos a tiempo de cambiar el rumbo de esta horrible situación. Hay que mirar hacia delante, sin olvidarnos de aquellos que nos han dejado a los que tanto queremos, porque lo pasado, pasado está y lo futuro, se convertirá en presente antes de que nos demos cuenta. Para lograr nuestro objetivo tenemos que trabajar unidos como sociedad, sin tener en cuenta lo que nos separa, solo lo que nos une. Trabajemos para que los Millennials y la generación Z dejemos de ser considerados unos vagos, infelices, envidiosos e inútiles y se nos recuerde como algo mejor, aquellos que se comprometieron a salvar el planeta y lo consiguieron, la generación C, C de compromiso con aquello que más queremos, la vida.